

 Seix Barral

# Javier Calvo

## Piel de plata



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

I. Una estrella nueva aparece en el firmamento de mi mente y eclipsa a todas las demás

II. Las edades del hombre, adaptadas a la vida del que escribe estas líneas

III. La noche de «Diamantes sumerios», primera parte: Pastillas

IV. La noche de «Diamantes sumerios», segunda parte: Polvos

V. Una incursión en el argumento ontológico (con un aparte sobre los modelos planetarios mecánicos)

VI. El Primer Libro de Bronwyn

VII. Cooper Crowe en su pirámide

VIII. El héroe se transforma en manos del mentor

IX. La Calle del Paraíso

X. Oli: Historia de una hermana

XI. Donde todavía no ha empezado la tormenta perfecta pero ya se empiezan a levantar sus vientos

XII. La tormenta perfecta 1: Salir del azul y entrar en el negro

XIII. La tormenta perfecta 2: Los Portales-Mausoleo

XIV. La tormenta perfecta 3: Cuento de Navidad

Epílogo: El arte verdadero es una explosión

Notas y agradecimientos

Notas

## Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

## Sinopsis

Pol es un adolescente que se pasa el día leyendo novelas. A raíz de una agresión en el colegio, es expulsado y empieza a medicarse. En la sala de espera del psiquiatra conoce a Bronwyn, una chica rebelde, fascinante y mucho más inteligente que nadie a quien Pol haya conocido nunca. Con ella descubre la obra del poeta Juan Eduardo Cirlot y un mundo más allá de su comprensión. Cuando pierde la pista de Bronwyn, pedirá a su hermana Oli que le ayude a encontrarla.

*Piel de plata* es una novela sobre la fascinación y la obsesión. Su lado más visible es un canto a la juventud y a la energía rebelde y a menudo enloquecida que la acompaña. Su lado oscuro es una elegía por la extinción de esa energía y por los efectos del paso del tiempo y la vida adulta.

*Piel de plata* lleva al lector por una espiral de alucinaciones, drogas y libros reales e imaginados, mientras su protagonista busca a su escurridiza musa por una Barcelona melancólica y tenebrosa. La musa en cuestión acaba siendo todo menos un típico amor adolescente, una especie de grial místico e inalcanzable.

# PIEL DE PLATA

# Javier Calvo



*Para MFL*

El arte verdadero es una explosión.

MASASHI KISHIMOTO

*Take a walk down Heaven  
Street  
The soil is soft and the air  
smells sweet.*

DEATH IN JUNE

## I

## Una estrella nueva aparece en el firmamento de mi mente y eclipsa a todas las demás

Cuando yo era más joven y vulnerable, mi madre me dio un consejo que desde entonces no ha dejado de darme vueltas en la cabeza:

—Siempre que alguien te critique —me dijo—, acuérdate de que los demás son insectos y de que tú eres mucho mejor que todos esos imbéciles.

La verdad, no sé si la anécdota tiene un gran valor narrativo. Tampoco sé si el consejo de mi madre tuvo mucho valor pedagógico. En general, no estoy seguro de cómo de importante fue mi madre en mi educación. Siempre fue una persona bastante ingrátida. Cuando yo era niño, no había nada en ella que sugiriera «madre». Estaba claro que no se parecía a las madres de los demás chicos y chicas que yo conocía.

Algunas diferencias que se me ocurrían sin pensarlo demasiado:

(1) Más alta y atractiva que las demás madres. (Sí, yo era consciente de que mi madre era una mujer atractiva. No me acuerdo de cómo me di cuenta, pero sé que lo supe casi desde el principio. Es un poco como darse cuenta de que tu familia es rica.)

(2) Proclive a viajar. Extremadamente proclive. Los destinos de sus viajes siempre eran lo bastante parecidos entre sí para escurrirse de la malla de la memoria como pececillos del salabardo de un pescador corto de vista. Y lo bastante concretos como para desafiar toda recriminación («¿Cómo que no sabes dónde he estado?»). Conferencias académicas. Congresos profesionales. Simposios regionales. En mi imaginación, un torbellino de habitaciones de hotel, podios de lectura y la inevitable imagen de mi madre quitándose con elegancia los zapatos de tacón para correr sin despeinarse hacia la puerta de embarque.

(3) Americana.

(4) Ausente en los momentos más decisivos de mi vida.

(5) Nunca sentada ni de pie a más de un metro o dos de un cenicero o de una botella de Maker's Mark.

¿Por qué estoy contando todo esto de mi madre? Supongo que lo estoy contando para quitarla de en medio antes de empezar mi historia propiamente dicha. De acuerdo, mi madre aparece en algún momento de la historia. En tres o cuatro como mucho, ninguno demasiado trascendente. Pero *no* es un personaje de esta historia. Mi hermana Oli sí lo es, mal que me pese. Pero mi madre no.

Y sin embargo, cuando yo tenía quizás nueve o diez años, mi madre me dijo lo de que yo era mucho mejor que todos aquellos imbéciles. Sospecho que ése ha sido siempre el puntal de su filosofía en relación con el resto del género humano. Y supongo que estaba intentando transmitirme esa filosofía a mí. Sea como sea, ese consejo, el único que me dio nunca, es importante para entender esta historia.

Por lo demás, olvidaos de mi madre. Yo mismo consigo no acordarme de que existe la mayor parte del tiempo.

Esta historia empieza en otra parte.

Esta historia empieza con el Instituto de Salud Mental Buenanueva de Barcelona. No, no, no. Borrado esto. Esta historia empieza con el tenedor en el cuello de Guiomar Galbán. No. Buen intento, pero no. Más atrás todavía. Esta historia empieza con Cooper Crowe escribiendo en su cama con un bolígrafo mordisqueado, la melena alborotada cayéndole sobre los hombros y las pupilas dilatadas por las anfetaminas. Urdiendo la trama de *Adiós a todos los adioses*, la primera novela de los decadentes Exonautas y de sus máquinas del tiempo neovictorianas.

Bah. A quién intento engañar. Esta historia empieza con Bronwyn. Y empieza hace seis años, cuando yo tenía catorce. Aunque para mí ya es otra vida.

Conocí a Bronwyn en una sala de espera del Instituto de Salud Mental Buenanueva («Psicopatología y clínica del niño y del adolescente»). Esperando mi hora de terapia semanal con el doctor Buenanueva. Imaginaos la siguiente escena:

Una sala de espera tan limpia que la gente en cuya casa se puede comer del suelo te habría dicho que *en ella* se podría comer del suelo. Con esas paredes de cristal traslúcido que sólo dejan ver siluetas al otro lado y que en las películas se usan para indicar que hay alguien duchándose dentro de una ducha. En todas ellas, el logotipo corporativo del Instituto Buenanueva: las letras IBN coronando un despliegue geométrico tridimensional de cuatro esferas unidas por enlaces moleculares. Yo, sin embargo, sospechaba que el logotipo no representaba ninguna molécula.

Tal como estaban dispuestas las esferas, podrían haber sido perfectamente un modelo planetario.

Un despliegue de butacas negras, bastante cómodas, en forma de letra C, con una mesilla baja en el centro, del mismo cristal casi opaco que las paredes, sin revistas encima. No, no sé por qué nunca hubo revistas en la sala de espera del Instituto Buenanueva. De vez en cuando algún empleado o empleada de la clínica cruzaba la sala de espera, y en sus sonrisitas siempre me parecía ver una alusión burlona a la perversa ausencia de materiales de lectura.

Y en la butaca contigua a la mía, mi hermana mayor, Oli, diminutivo de Olivia, que por entonces tenía dieciocho años. Con sus auriculares blancos encajados en los oídos y unidos inalámbricamente al teléfono en cuya pantalla se dedicaba a mantener un conglomerado de conversaciones infinitas y simultáneas con una nebulosa de otras hembras y varones de su edad. Con sus mini-shorts calculados para exhibir su tatuaje en el lado exterior del muslo: un par de rosas estilizadas con una pistola antigua estilizada. Una mata de pelo castaño y asimétrico. Los hombros desnudos y pecosos.

Y yo, por supuesto.

Catorce años. Alto para mi edad. Cara tristonera y ojerosa. El héroe trágico de una saga de desatención parental, distracción pedagógica y desatino genético. Hostigado por las Furias desde los once años de edad. Sentado como solía sentarme cuando estaba en aquella sala de espera: con las piernas largas y flacas extendidas hacia el frente y mi libro de Cooper Crowe abierto sobre el regazo.

Y aquel día el libro era *Ángeles, prestadme vuestras alas*.

De este y de otros libros de Crowe hablaré más adelante.

Pero ahora llega el momento de hablar de Bronwyn y de cómo apareció en mi vida.

¿Cómo no usar una metáfora astronómica para describir mi Primer Encuentro con Bronwyn? A fin de cuentas estábamos en la clínica del doctor Buenanueva, rodeados de fotografías hechas por el Telescopio Espacial Hubble y de su colección de modelos planetarios.

Podría decirse, por ejemplo, que mi Primer Encuentro de Bronwyn fue como la llegada de un cometa, pero sólo en caso de que el cometa colisionara con el planeta donde está uno y lo reventara en mil pedazos. Un cometa perdido, si es que existe eso. No uno de esos cometas cuyas órbitas los llevan a visitarnos cíclicamente, de manera que todo el mundo está preparado para su llegada con una taza de café y el telescopio en la terraza. Un cometa procedente de fuera del sistema solar, disparado por algún cataclismo cósmico miles de años atrás en la misma dirección en la que a mí me había disparado estúpidamente el mío.

Pero no. Bronwyn no llegó como un cometa. Llegó como algo mucho más grande. Una supernova, quizás. Lo único que sé es que, en el momento de estallar, su luz borró todo lo demás. Durante aquellos meses, Bronwyn fue mi sol. Yo sólo pude dedicarme a seguirlo de un horizonte al siguiente.

Mi hermana se estaba levantando de su butaca para ir al baño en el momento en que se abrió la puerta de la sala de espera para dejar entrar a Bronwyn. Sin dejar de mirar su teléfono, Oli echó a andar camino del lavabo y se cruzó con ella, rozándole el hombro.